

LA INVESTIGACION AMERICANISTA EN LA AMERICA CENTRAL

Por FRANZ TERMER

Profesor de la Universidad de Hamburgo y Director del Museo Etnológico

La América Central pertenece a aquellas regiones del Nuevo Mundo que, en lo étnico, se distingue por la multitud de problemas arqueológicos, etnológicos y lingüísticos que nos plantean los indígenas, tanto precolombinos como postcolombinos. La importancia científica del istmo centroamericano es tanto mayor cuanto que éste ocupa una posición clave para la solución de numerosos problemas de la historia de la cultura de ambos continentes americanos. Por su céntrica situación, la América Central ha tenido que desempeñar siempre un papel de zona de contacto y mutua compenetración de grupos étnicos, de civilizaciones y de lenguas, puesto que no existen fronteras naturales bien visibles que separen a Centroamérica de las Américas del Norte y del Sur. Por tanto, determinados grupos étnicos y civilizaciones, tanto del norte como del sur del continente, a lo largo de los siglos, han logrado avanzar por el istmo, mientras que, por otra parte, también registramos múltiples irradiaciones procedentes del norte de Centroamérica hacia los continentes vecinos. Estos procesos no sólo han dado lugar a los más variados aspectos de la distribución de grupos étnicos, de la superposición y mutua compenetración de civilizaciones y de la distribución de lenguas, sino que también han venido a complicar la investigación e interpretación científica de estos fenómenos para el investigador que se dedica a la historia y al análisis de la cultura. Prescindiendo de la fase de una primitiva civilización de pescadores y de recolectores, de la cual sólo se encuentran vestigios en las Antillas, han existido numerosas fases y estados de tránsito entre las primitivas civilizaciones de agricultores, basadas en el cultivo del maíz y, según se supone, en algunas regiones de Centroamérica, también en el cultivo de la mandioca, y las civilizaciones plenamente desarrolladas y altamente diferenciadas. Los orígenes, la procedencia, el orden cronológico y las mutuas relaciones entre todas estas civilizaciones plantean a la investigación americanista un problema muy difícil y sumamente importante a la vez. A este problema se agregan los de la investigación lingüística, todos ellos de solución difícil, en vista de la multitud de familias y grupos lingüísticos y de

lenguas aisladas; problemas cuya solución resulta más complicada todavía por tratarse, en la mayoría de los casos, de idiomas hoy desaparecidos, acerca de los cuales sólo poseemos muy escasos materiales, recogidos en siglos pasados. Así es que la investigación lingüística y todos los problemas históricos y etnológicos de mayor envergadura que con ella se relacionan resultan no menos inseguros que la investigación cultural, que se ve precisada a hacer frente a toda una serie de tareas etnológicas y arqueológicas.

Centroamérica fué la ruta por la cual avanzarían, en tiempos inmemoriales, los hombres que, procedentes del Norte, se dirigieron hacia el Sur, y, ya en una época muy remota, se establecieron en el norte y en el sur de Centroamérica algunos grupos étnicos, cuya civilización se nos revela como perteneciente a la fase de una agricultura primitiva. De esta civilización nacieron otras más desarrolladas, a lo cual no dejarían de contribuir los impulsos recibidos desde México y desde las regiones andinas de Sudamérica. Pero hasta en épocas relativamente recientes penetraron hasta la América Central grupos étnicos enteros que procedían tanto de México como de la América del Sur, ofreciéndonos indicios de ello no sólo la distribución de las lenguas, sino también los restos arqueológicos.

Y precisamente en el sector de la arqueología, la América Central viene a brindarnos un amplio campo de exploración. En todas partes, sea al aire libre, sea en el subsuelo, encontramos multitud de objetos y monumentos que no pueblan menos de llamar la atención hasta a quien recorra estos países a toda prisa y sin poseer la formación y las experiencias del arqueólogo. No tiene, pues, nada de particular que la América Central, desde los tiempos de su exploración hasta los tiempos modernos, nos haya deparado tantas colecciones de antigüedades, que en parte continúan en poder de sus descubridores nacionales, por regla general en las mismas fincas, y en parte fueron a parar a manos de particulares extranjeros o fueron entregadas a los Museos, ante todo, de los Estados Unidos de América. Con todo, no deja de haber verdaderas joyas en los Museos de Europa, y por ello son tanto más dolorosas las pérdidas ocasionadas por la guerra, como la previa desaparición de la preciosa colección costarricense de Nuremberg y la destrucción de una serie de muy importantes elementos de las colecciones centroamericanas de Berlín.

En tiempos de la colonización española sólo se estableció un contacto inmediato con la provincia, tan rica desde el punto de vista arqueológico, de Castilla de Oro, en la parte meridional de Centroamérica. Pero en aquella época tan temprana no se pudo apreciar el valor que para la historia de la cultura representaban tales hallazgos, que, por tanto, se vieron sacrificados al interés económico. Después de conquistadas las extensas e inmensamente ricas tierras de México y del Perú, con sus tan desarrolladas civilizaciones indias, estos países relegaron a segundo plano a la América Central, que entonces se consideraba más bien como una provincia de menor categoría. Sólo el istmo de Panamá conservó, en vista de su importancia geográfica y política, su carácter de foco de la política colonial española. Cuando, a

fines del siglo XVIII, pasaron a las colonias los hombres de ciencia extranjeros, también se vieron atraídos por México y por las regiones andinas, sin hacer caso, por de pronto, de la América Central, de lo cual nos ofrece un ejemplo aleccionador el caso de Alejandro von Humboldt. Sería, sin embargo, una injusticia considerar los tiempos del coloniaje español como una época de inactividad e indolencia científicas. Podremos prescindir de todo detalle al recordar tan sólo la amplia bibliografía relativa a las colonias o de origen colonial acumulada en las tres centurias del dominio español. Por otra parte, conviene poner de relieve que, lo mismo que en México y en el Perú, también hubo personalidades en Centroamérica que, rodeados del pacífico ambiente de los establecimientos de las Ordenes religiosas y aprovechando sus experiencias de misioneros o como funcionarios administrativos, que poseían amplios conocimientos prácticos de la tierra y de la gente, trataron de penetrar en el espíritu de la historia, de las tradiciones y, sobre todo, de las lenguas indígenas. Sin las crónicas y las gramáticas de estos autores, la investigación se encontraría en Centroamérica con muchas puertas cerradas. La investigación sobre los mayas, por ejemplo, nunca podrá prescindir de lo que se ha escrito en la época del coloniaje español. De la mayoría de los grupos étnicos hoy desaparecidos del sur de la América Central sólo tenemos las noticias que ofrecen las fuentes del siglo XVI y los métodos pedagógicos aplicados por las órdenes religiosas en la educación de los indígenas del siglo XVI han resultado de un valor inapreciable para la Etnología, puesto que la joven generación de los que pudiéramos llamar intelectuales de entre los indios aprendieron a usar la escritura latina y los indígenas se vieron llevados a dejar constancia escrita, en sus respectivos idiomas, de sus antiguas tradiciones. La serie de los *Libros del Chilam Balam*, con sus a modo de crónicas anuales, sus tradiciones míticas y del calendario de los siglos XVI al XVII, los *Anales de los Cakchiqueles* y la más importante de las fuentes relativas a la vida espiritual de los mayas altenses, el *Popol Vuh*, son testimonios de lo útil que para la posteridad ha sido la obra de los misioneros españoles (1). El nivel cultural de los demás pueblos centroamericanos no ofrecía ningún material a este respecto, de manera que sólo poseemos una información contemporánea acerca de la religión de los nicaraois, información contenida en la entrevista del padre Francisco de Bobadilla, que nos ha sido transmitida por Oviedo y Valdés. También hay que tener en cuenta que el curso de la historia en el sur de Centroamérica condujo a una eliminación, cada vez más rápida, de los indígenas, de manera que numerosos grupos étnicos ya habían desaparecido a mediados del siglo XVI. Sólo en las regiones más apartadas, la población indígena logró mantenerse algún tiempo después. Por tanto, la información ofrecida por sacerdotes y funcionarios coloniales representa para la investigación sobre los indígenas del sur de Centroamérica y de Honduras mucho más que una serie de fuentes con carácter de meros apuntes. Hasta ahora este material no ha sido extraído de los archivos de España sino en fragmentos y no se ha agotado, ni con mucho, esta fuente de información. Una excepción a este respecto sólo la constituye Costa Rica, donde las cuestiones

de límites del siglo XIX dieron lugar a que iniciara sus investigaciones sobre documentos el incansable Manuel de PERALTA (2). A pesar de todas las objeciones del padre Las Casas, ofrece un valioso material científico relativo a la América del siglo XVI Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, testigo ocular, funcionario y crítico, que como tal se nos revela a veces como excesivamente subjetivo (3).

Los restos del pasado indio en la América Central no han sido objeto de tantos estudios como en México y en el Perú. Esto ha obedecido tal vez a que la civilización altamente desarrollada y la existencia de grandes organismos políticos concentraron el interés preferente de la investigación sobre estos dos grandes virreinatos. Así es que en la América Central apenas encontramos un sacerdote o un lego que se haya manifestado interesado en los monumentos arquitectónicos o en las antigüedades. Es un caso excepcional el del funcionario de Administración Diego GARCÍA DE PALACIO, que aprovechó un viaje de inspección para redactar en 1576 una descripción de las ruinas de Copán (Honduras occidental) y de Mitla (éste de Guatemala) (4). Esta situación no nos autoriza a acusar a nadie, sino que hemos de tratar de explicar esta falta de interés por la actitud espiritual del siglo XVI, tanto en las colonias de España como en la metrópoli, actitud espiritual que descansaba en una orientación cristiana y occidental en lo ideológico, pero que en la práctica no perdía de vista las exigencias de la época y, por tanto, no se ocupaba de la historia de los indios, que, además, poseían un escaso nivel cultural. De esta actitud espiritual, unida a la falta de cultura de los colonos blancos y después de los mestizos, deriva la saña con que se procedía contra todas las manifestaciones de la cultura de los indios saqueando sus monumentos arquitectónicos para obtener material de construcción, destruyendo sus imágenes y quemando sus manuscritos, como ocurrió, por ejemplo, en Nicaragua. Esta falta de interés, por otra parte, vino a ofrecer a la investigación de nuestros días la ventaja de haberse dejado en el suelo cuanto ocultara, a no ser que la multitud de objetos de oro que se solían enterrar con los muertos condujera pronto a la destrucción de cementerios, como el de Chiriquí. Pero a este respecto tampoco sería lícito acusar tan sólo a la población colonial, sino que habría que reprochar al siglo XVIII y a la época actual el haber convertido en un auténtico oficio el saqueo de tumbas en el sur de la América Central. Con el turismo de nuestra época y el progresivo desarrollo del tráfico ha tomado considerables proporciones, que se ven aumentadas por las actividades profesionales ya, de los falsificadores modernos.

Entramos en la época contemporánea y llegamos a la exploración científica moderna del istmo centroamericano. La primera tentativa de resolver un problema especial de arqueología, tarea que ya se habían propuesto realizar las autoridades coloniales españolas del siglo XVIII, la constituye la exploración de las ruinas de Palenque, en Chiapas. Se dedicaron a esta tarea tres expediciones: la de 1784, dirigida por José Antonio CALDERÓN; la de 1785, bajo la dirección de BERNASCONI, y la de 1787, de la cual fué jefe Antonio DEL RÍO (5). A pesar de sus métodos y recursos técnicos insuficientes, estas

empresas tuvieron el éxito de llamar el interés de vastos círculos europeos sobre la arquitectura del imperio maya del sur. Es cierto que en Alemania, por de pronto, no despertaron eco alguno estas tres expediciones. Si Alejandro von HUMBOLDT hubiese proseguido sus viajes por México, pasando más allá del istmo de Tehuantepec hacia el sudeste y si hubiera visto en persona una de las ciudades en ruinas del imperio maya, seguramente hubiera sido él uno de los más entusiastas informadores acerca de una civilización devorada por la selva y al mismo tiempo nos habría dado una descripción artística de los volcanes de Centroamérica. Cuando, ya viejo, tuvo noticias de los descubrimientos arqueológicos hechos en Centroamérica, se manifestó sumamente interesado y se dió cuenta cabal de la importancia de los mismos para la historia de la humanidad.

La fama de precursor de la arqueología en el norte de la América Central se halla vinculada a los nombres de John LLOYD STEPHENS (1805 a 1852), abogado y político norteamericano, presidente del ferrocarril panameño y arqueólogo, y de Frederick CATHERWOOD (1799-1854), arquitecto, dibujante, retratista e ingeniero ferroviario inglés. Estos dos hombres habían adquirido su formación en los viajes que hicieron por el Próximo Oriente, cuando los unió el destino para la empresa común de los viajes por el norte de Centroamérica y Yucatán. Ambos vieron más que colmadas sus esperanzas de adquirir nociones exactas acerca de un pueblo, al tratar de encontrar, fuera de lo poco que se conocía, otras antigüedades entre las ruinas de una civilización desaparecida, de las cuales no existían sino muy escasas noticias. En el primer viaje fueron ellos los primeros investigadores modernos que llegaron a Copán y a Palenque, descubrieron después a Quiriguá, se dieron cuenta de la existencia de las ruinas de los mayas altenses en la parte occidental de Guatemala y, ya al terminar su viaje, estuvieron poco tiempo en Uxmal (Yucatán). La novedad consistía en que Catherwood confeccionó, con una fidelidad y exactitud desconocidas hasta entonces, dibujos de los monumentos, trabajo realizado en medio de las dificilísimas condiciones del ambiente tropical, que ya por ello su labor se hace acreedora a nuestra mayor admiración, que tampoco negaremos a la calidad artística de sus cuadros. En lo científico, uno de los resultados más notables fué el haberse demostrado que había que considerar como creadores de esta antigua civilización a los mayas. De 1841 al 42 emprendieron otro viaje, que vino a ser la primera exploración arqueológica de la península de Yucatán. El hecho de haberse unido un viajero dotado de un gran talento observador, que al mismo tiempo era admirable escritor, y un pintor y arquitecto que, como pocos, supo compenetrarse del arte exótico de los mayas, no pudo menos de traducirse en las dos obras de viaje, que hoy figuran entre los libros clásicos de la arqueología americana, y que hace poco han vuelto a publicarse traducidos al castellano. El que hoy recorra Yucatán, el oeste y el norte de Guatemala; el que admire los imponentes monumentos y templos de Copán, tendrá un especial placer en leer los pasajes correspondientes en los dos libros de Stephens para saborear el encanto de las descripciones del paisaje y volver a experimentar la sensación

de alegría e íntima satisfacción del primer descubridor de estos monumentos. Hace pocos años, Wolfgang von HAGEN ha levantado un bello monumento a estos dos hombres en dos libros (6).

Si los viajes de Stephens y Catherwood se pueden considerar como una exploración a grandes rasgos, no tardó en iniciarse en el sur de la América Central una investigación arqueológica más sistemática, que se halla ligada al nombre del ingeniero y diplomático norteamericano Ephraim George SQUIER (1821-1888), que fué el precursor de la arqueología en Nicaragua (7). Inspirado, tal vez, por la obra de Stephens, Squier también dejó constancia de sus hallazgos en forma de dibujos. En Nueva York había conocido al pintor alemán Peter Bernhard Wilhelm HEINE, que, en vista de la situación política, emigró de su ciudad natal de Dresden, llegando a Nueva York en 1849, donde trabajó de pintor, hasta que su afición a los viajes le hizo concebir el proyecto de un viaje por el oeste de Norteamérica, cuando se supo de los descubrimientos hechos en las Montañas Rocosas por John Charles Fremont. Antes de emprender este viaje, Heine conoció a Squier, que iba a tomar posesión de su cargo de ministro en Nicaragua, invitando a Heine a emprender con él investigaciones arqueológicas en Nicaragua, Honduras y Guatemala, propuesta que Heine aceptó en seguida. Mientras Squier aún se veía detenido en Nueva York, Heine se marchó a Nicaragua en la primavera de 1851, habiéndosele encomendado una misión diplomática del Gobierno de Washington. Una revolución en Nicaragua hizo fracasar el plan, puesto que Squier se vió llamado a Estados Unidos inmediatamente. Heine se quedó en Nicaragua, donde emprendió varios viajes.

El no tenía otras pretensiones que contemplar como pintor el paisaje, los habitantes y los restos de su antigua civilización para contribuir de esta forma a los estudios de Squier. Heine, que era un admirador entusiasta de von Humboldt, tenía presentes las descripciones que éste hiciera de las regiones de la Cordillera, y de ahí tal vez el interés de Heine por la arqueología.

Heine llegó a Nicaragua, entrando por San Juan del Norte, siguiendo la ruta usual en aquellos días, es decir, el río San Juan y cruzando el lago de Nicaragua hasta llegar a Granada. Una enfermedad y los desórdenes políticos, por de pronto, se opusieron a todos los demás proyectos de viaje, hasta que fué posible emprender un prolongado viaje a las montañas del norte de Nicaragua hasta Ocotal y Nueva Segovia. Desde allí, y pasando por Dipilto, entró en Honduras, donde el viaje dió fin en la capital de Tegucigalpa. El viaje de regreso lo hizo por el llano de la bahía de Fonseca, pasando por Choluteca, hasta llegar a León.

Heine ha dejado una descripción sucinta de su estancia en Nicaragua, sin que se pueda colegir de ella ningún dato referente a los resultados artísticos, que se puede decir con toda seguridad que los hubo (8). Llama la atención que Squier no los haya utilizado nunca, y es, por tanto, de desear que este material de Heine se busque en los Estados Unidos. En Dresden, la ciudad natal de Heine, traté de hacer pesquisas para encontrar dibujos y diarios de sus investigaciones, que no dieron resultado alguno, y, después de destruída

la bella capital de Sajonia en 1945, ya no hay esperanzas de encontrar nada. Las ilustraciones contenidas en las obras de Squier no llevan nunca la firma de Heine, sino la de otros artistas. ¿Serán de Heine, a pesar de todo?

Heine, que nació en 1827 y murió en 1888, no ha dejado de su viaje por Nicaragua más que un librito, que lleva el título *Wanderbilder aus Central-amerika* (Impresiones de un caminante en la América central), que se publicó en Leipzig en 1853. Despues tomó parte, como dibujante, en la expedición norteamericana al Japón dirigida por Perry, adquiriendo fama de escritor e ilustrador después de éste y otros viajes que hizo al Extremo Oriente (9). Lo mismo que Heine, fueron a parar a Centroamérica a causa de los acontecimientos revolucionarios en nuestro país, una serie de otros alemanes. Poco después de Heine llegó al sur de la América central el hamburgués Wilhelm MARK, que, sobre todo, conoció esta región americana por su estancia en Nicaragua, publicando en 1860 y 1861 una serie de artículos sobre el particular en la revista hamburguesa *Freischütz*, que después formaron un tomo, editado bajo el título *Reise nach Central-America* (Viaje a la América Central), cuya segunda edición vió la luz en Hamburgo en 1870 (10). Las excelentes descripciones, muchas veces de carácter marcadamente humorístico, de la vida de los mestizos y muchas valiosas observaciones de detalle acerca de la naturaleza del país hacen que este libro se consulte con provecho hasta en nuestros días. Marr estuvo después otros cinco años en la América Central, sin llegar a realizar su propósito de escribir otra obra de mayor envergadura.

Otros alemanes, a quienes también debemos publicaciones sobre la geografía, etnografía y folklore de Centroamérica, llegaron allá atraídos por los proyectos de establecimiento de colonias. Si las publicaciones de C. F. REICHARD o del barón A. von BÜLOW sólo tienen un escaso valor científico en cuanto se refiere a la geografía política y colonial, hay otros trabajos, como los de E. SCHULZ y de F. L. STREBER, que ofrecen descripciones aun dignas de ser leídas acerca de lo que sus autores vieron y vivieron a mediados del siglo XIX (11), teniendo que reconocerse un valor auténtico (científico) al informe de una comisión encargada de preparar el establecimiento de europeos y, sobre todo, de alemanes en la costa de los Mosquitos, en el norte de Honduras. Los tres autores de este informe, FELLECHNER, MÜLLER y HESSE, han hecho en estas apartadas regiones algunos estudios geográficos, zoológicos y lingüísticos, que conservan su valor hasta hoy, tanto más cuanto que, después de su estancia en Honduras en 1844, la Mosquitia no ha vuelto a ser explorada tan detenidamente ni por alemanes ni por otros. Debemos a los tres autores acabados de citar, fuera de apuntes meteorológicos en la Laguna de Caratasca, que siguen siendo los únicos que en esta región se han hecho hasta la fecha, una serie de valiosas observaciones geográficas y etnográficas que abarcan la zona comprendida entre el Cabo Gracias a Dios y la Laguna de Caratasca, así como también una gramática, acompañada de un vocabulario de la lengua de los indios mosquitos. Todas estas observaciones se hallan reunidas en una obra hoy difícil de conseguir (*Informe sobre investigaciones practicadas en algunas partes de la Mosquitia*), que contiene tres ilustracio-

nes de la época, que representan la Laguna de Caratasca y la población del Cabo Gracias a Dios (12).

Por lo que hace a la importancia científica, estos tres hombres sólo se ven superados por Hermann BERENDT, médico natural de Dantzig, que, como etnólogo y lingüista, pasó muchos años recorriendo la América central antes de establecerse en Guatemala definitivamente. Sentó las bases a la investigación lingüística moderna, que abarcó toda la América central, recogiendo multitud de manuscritos de fuentes españolas y de origen indio, redactando vocabularios y recogiendo materiales arqueológicos en estrecha cooperación con el Smithsonian Institute de Washington. Después de fallecer Berendt, este material fué trasladado a Filadelfia, donde se conserva hasta hoy en la biblioteca del University Museum. Una verdadera proeza, por la cual la americanística le ha de quedar agradecido para siempre, fué la recogida, por encargo de Adolf BASTIAN, de los grandes monumentos de piedra de la civilización de los pipiles de Santa Lucía Cotzumalhuapa, en Guatemala. Estos monumentos se trasladaron a Berlín, donde siguen siendo hasta hoy una de las joyas de las colecciones americanas del Museo de Etnografía. Ahora vuelven a hallarse de exposición en Dahlem, cerca de Berlín, con los restos, harto modestos, del que fué un magnífico museo antes de la guerra. La actuación de Berendt como americanista alemán coincidió con la del abate francés BRASSEUR DE BOURBOURG en la América central. Este hubín llegado a México después de la invasión francesa bajo Napoleón III y luego se estableció como sacerdote en Guatemala. No será necesario destacar en esta ocasión su papel de guía y faro en los terrenos harto accidentados de la arqueología, historia y filología de los mayas altenses, aunque su imaginación excesivamente viva nos imponga ciertas reservas en el aprovechamiento de sus investigaciones.

Berendt, como alemán, fué una excepción al lado de otros europeos, como WÄGNER, SCHERZER, DUNLOP, BYAM, BOVALLIUS (un naturalista suizo que vivió desde 1849 a 1907) y Thomas BILT, inglés; de manera que en Alemania sólo se profesaba un muy escaso interés por la exploración científica de la América Central (13). Esta situación cambió de un modo radical cuando el maestro de los etnólogos alemanes, Adolf BASTIAN, había hecho su viaje de recolección por el istmo, viaje coronado por el más positivo éxito, y que hizo que en mi tierra se familiarizaran algo más con las antigüedades de Centroamérica (14). Desde aquella época se inicia la labor de los precursores de nuestra especialidad, Eduard SELER, E. W. FÖRSTEMANN y Paul SCHELLHAS, que pronto llegaron a colocarse a la cabeza de las investigaciones practicadas en nuestra disciplina.

Mientras que Förstemann y Schellhas no llegaron nunca a poner los pies en tierras de la América Central, SELER emprendió, en 1896 y en compañía de su esposa, un viaje desde México, que le condujo a Chiapas y a Guatemala, en cuya ocasión estudió la arqueología del noroeste de Guatemala, hizo investigaciones sobre las antigüedades de Cotzumalhuapa, en la costa del Pacífico, y visitó numerosas colecciones particulares existentes en el país (16).

Resumiendo el carácter de los trabajos que hemos venido enumerando,

constatamos que casi todos se distribuyen entre las zonas costaneras del Pacífico y las regiones montañosas de la América Central. Los llanos de la costa del Atlántico no los visitaron sino Stephens y Catherwood, y ellos tampoco pasaron de las zonas inmediatas a la costa, es decir, de Copán y de Palenque. El viaje del francés Arthur MORELET, a través del Petén y del sur de Yucatán, a mediados del siglo pasado, no había dado más que modestos resultados científicos (17). Todo lo que se sabía se limitaba casi exclusivamente a los datos que sobre el país y la gente había registrado VILLAGUTIERRE SOTO-MAYOR en la obra que en 1701 publicara sobre la conquista de los itzaes del Petén. En cuanto a las ruinas, Modesto MÉNDEZ había reunido algún material en 1848. La falta de caminos transitables en el Petén, tierra de lluvias por excelencia y cubierta de bosques pantanosos, hacía sumamente difícil toda tentativa de avance. Esta situación cambió radicalmente cuando el arqueólogo inglés Alfred MAUDSLAY reanudó las investigaciones iniciadas por Stephens, acometiendo la empresa de penetrar en las selvas del norte de Guatemala y en Yucatán en busca de las antiguas poblaciones mayas y valiéndose de los nuevos recursos técnicos de la fotografía, del procedimiento de sacar moldes de los monumentos y de la cartografía exacta. Este gran investigador realizó varias expediciones de esta clase, que vinieron a abrir paso a la investigación moderna en dichos territorios. Sus preciosas fotografías no sólo sacaron del olvido numerosos monumentos e inscripciones, sino que al mismo tiempo un poderoso incentivo para que se acometiera la empresa de descifrar los jeroglíficos y de interpretar las reproducciones. Una labor no menos fructífera la realizó en el Petén y en Yucatán el arquitecto Teobert MALER, de origen alemán, nacido en Roma y establecido después en Viena, a quien las vicisitudes del destino llevaron a México, donde estuvo de oficial con el emperador Maximiliano. Sin embargo, no se procedió a hacer excavaciones sino en unos pocos lugares, como lo hiciera en el norte de Guatemala E. P. DIESELDORFF, que obtuvo resultados muy notables. En vista de la considerable extensión de los campos de ruinas, a los cuales sólo se llegaba con mucha dificultad, un investigador por si solo no podía pensar en alcanzar resultados de alguna importancia. En todo caso podía dedicarse a estudios especiales, como los realizados por Desiré CHARNAY y SELER sobre la arquitectura, la ornamentación y sus relaciones con las civilizaciones mexicanas en las ruinas de Palenque, Uxmal y otros lugares yucatecos.

La nueva era no se inició sino cuando la investigación se vió patrocinada por las grandes instituciones científicas y museos de Estados Unidos, que, en forma sistemática, empezaron a organizar una serie de expediciones al norte y al sur de Centroamérica. Las excavaciones de Cihiquí (Panamá), el descubrimiento de los monumentos de Copán, Tikal, Quiriguá y de otros lugares se deben a tales empresas, que vinieron a ofrecer toda una serie de nuevos criterios para la arquitectura, los monolitos con sus inscripciones, el arte y la civilización de los mayas antiguos, demostrando la existencia de una zona de civilizaciones de carácter continuo, que se extendió por todo el

norte de Guatemala. En las zonas meridionales de Centroamérica, por otra parte, se consiguió demostrar que existían relaciones con las antiguas civilizaciones de las regiones andinas.

Una serie de otras investigaciones se orientaron hacia la interpretación del material ofrecido por las inscripciones de los mayas, actividades que, por lo tanto, se limitaron al gabinete de trabajo, y en esta clase de investigaciones corresponde el primer lugar a Alemania, que nunca había enviado expediciones a la América Central, pero donde se procuraba descifrar los jeroglíficos de los códices y estelas en una serie de trabajos geniales, fruto de esfuerzos inauditos. Las investigaciones de Förstemann, Schellhas y Seler constituirán, para siempre, el fundamento de los conocimientos que poseemos acerca de cuanto sobre astronomía y calendarios se nos transmite en estos monumentos. Si hoy estamos en condiciones de leer la tercera parte de los signos de la escritura maya, si conocemos el sistema numérico y la estructura del sistema cronológico de los mayas, no dejaremos de reconocer los méritos a que, por su labor de precursores, se han hecho acreedores los hombres de ciencia que acabamos de citar. Ellos sentaron las bases a las actividades de otros investigadores, sobre todo de la América del Norte, que, desde la primera guerra mundial, ocupan el primer lugar a este respecto. Desde el comienzo de la fase moderna, la investigación sobre los mayas se nos presenta dividida en los dos ramos de la investigación arqueológica sobre el terreno y la epigráfica, que hoy requieren cada uno para sí solo la labor del especialista.

Otro tercer grupo de investigaciones iba encaminado al aprovechamiento de la tradición escrita de las fuentes de origen indígena de los siglos XVI al XVIII y las ofrecidas por la literatura colonial española. Los norteamericanos, como Daniel BRINTON y BRASSEUR DE BOURBOURG, en Europa, fueron los que más se destacaron en el siglo XIX por sus publicaciones de textos indígenas de Guatemala y de Yucatán, acompañados de las correspondientes traducciones. En Alemania era Seler el único que trabajaba en este sector, sin que llegase a publicar sus traducciones, como, por ejemplo, la del *Popol Vuh*. Sólo en los últimos años ha vuelto a dedicarse a tales trabajos SCHULTZE JENA, al que debemos la mejor de las ediciones que hasta ahora se ha hecho del *Popol Vuh*, pero que también nos ha presentado, en forma ejemplar, traducciones comentadas de textos modernos de los mayas altenses (18).

Pasando ahora a reseñar lo que se ha hecho sobre los indios de nuestra época, vemos que hasta la primera guerra mundial apenas fueron objeto de investigaciones científicas, iniciadas, en el penúltimo decenio del siglo pasado, por el médico suizo Otto STOLL, que pudo aprovechar su estancia de varios años en Guatemala para realizar estudios etnográficos y lingüísticos. A Stoll se debe la primera obra de síntesis acerca de la etnología de las tribus altense de Guatemala, así como una viva descripción geográfica y etnográfica del país, amén de gramáticas y vocabularios de varias lenguas altense (19). Después de Stoll, fué ante todo Karl SAPPER quien

siguió cultivando los estudios etnográficos. Es el que mejor conocía la América Central, que, durante doce años, la recorrió desde Guatemala hasta Panamá como geógrafo, geólogo y etnólogo, dedicando su atención a los indígenas y a su vida cultural, económica y social (20). Después de Sapper, el norteamericano Alfredo TOZZER marchó a la tierra de los lacandones, en Chiapas, la tribu de nivel cultural más pobre entre todas las mayas, y que fué estudiada detenidamente por Tozzer, que, a este respecto, seguía las sugerencias de Sapper (21). La investigación, la cual, según hemos visto, recibió impulsos decisivos de Berendt, fué ampliada considerablemente por Walter LEHMANN, que había pasado tres años en Centroamérica recogiendo material lingüístico y arqueológico (22). Al resumir la situación de antes de la guerra del 14, las investigaciones realizadas hasta esa época se pueden caracterizar como sigue.

También en aquel entonces, la mayoría de los trabajos se ocupaban del territorio de los mayas, entre los cuales figuraban en primer lugar los mayas bajenses. La labor sobre el terreno estuvo dedicada al descubrimiento de monumentos y edificios en el norte de Guatemala y oeste de Honduras, o consistía en la exploración del valle del Usumacinta y del Petén, con inclusión de las Honduras Británicas, donde contrajo grandes méritos el inglés Thomas GANN. Seguían siendo totalmente desconocidas las regiones del centro y del este de Yucatán, donde los indios mayas se manifestaban muy hostiles a los forasteros, y la zona de tránsito entre la península y el Petén, donde el francés PÉRIGNY había descubierto, en 1905, las curiosas ruinas del río Bec. No hubo excavaciones sistemáticas de poblaciones en ruinas o de partes de ellas sino poco antes de estallar la guerra, cuando la escuela arqueológica norteamericana, dirigida por Edgar HEWETT, procedió a hacer excavaciones en Quiriguá. Ninguna atención se prestaba a los mayas altenses y sus numerosos centros del culto precolombino, a la civilización de los pipiles en el sur y a la arqueología en el sudeste de Guatemala. Es cierto que en El Salvador existían colecciones particulares antes de 1914, pero apenas se había trabajado sobre el terreno, y en lo arqueológico seguía siendo tierra incógnita toda la República de Honduras, a excepción de Copán. En Nicaragua no se había hecho gran cosa después de Squier y de Bovallius. En Costa Rica, el sueco HARTMAN había practicado concienzudas investigaciones en los altos y en la costa del Pacífico (23). En Panamá, las excavaciones se limitaban a lo que en los bajos de la costa caribe, en la antigua provincia del oro de Chiriquí, había hecho McCURDY (24). Los indios actuales de Costa Rica habían encontrado en el Obispo THIEL (25), de origen alemán, un gran protector y, al mismo tiempo, un excelente investigador de sus tradiciones populares. En Panamá se había dado a conocer, por sus trabajos sobre los indios guyamíes, el francés A. PINART, y Karl SAPPER había logrado recoger, en sus viajes hasta el istmo de Panamá, nuevos materiales etnográficos y lingüísticos, especialmente sobre los indios guatusos (26).

La primera guerra mundial marca en la Americanística un cambio de

orientación, cuyas consecuencias se advierten en la investigación hasta nuestros días. Resulta que, entre los años 1914 y 1918, la mexicanística y la investigación sobre los mayas empezaron a constituir, cada una por sí, una especialidad, y en el sur del istmo el trabajo pasó a concentrarse sobre Costa Rica y Panamá. En aquel tiempo pasaron a primer plano los norteamericanos e iberoamericanos, entre los cuales, sobre todo en México y en el Perú, se empezó a formar una generación de excelentes investigadores. Por otra parte, iba disminuyendo la cooperación activa de las naciones europeas. Escojamos, a modo de ensayo, los años 1936 y 1937, es decir, una época que, en vista de medir bastantes años entre ella y la guerra mundial, ya puede considerarse como normal. Nos sirve de base la estadística contenida en el *Handbook of Latin American Studies*, que, a pesar de no ser exhaustiva, no deja de registrar la bibliografía más importante. Teniendo en cuenta nada más que los trabajos dedicados a la arqueología, etnología y lingüística, encontramos un total de ciento treinta y cuatro publicaciones científicas consagradas a la América Central, y que se distribuyen como sigue:

<i>Estados Unidos</i>	69
<i>Iberoamérica</i>	30
<i>Alemania</i>	24
<i>Francia</i>	5
<i>Bélgica</i>	2
<i>Suiza</i>	2
<i>Inglatera</i>	1
<i>Checoslovaquia</i>	1

Resulta que Alemania había vuelto a ocupar el primer lugar en Europa y el tercero en el mundo entero. Si incluyéramos la antropología física, aumentaría algo el porcentaje correspondiente a Norteamérica, y de incluirse la Historia con la historia colonial y el folklore, sería mucho más elevada la cifra que corresponde a los iberoamericanos. Si, por fin, también tomásemos en consideración la Geografía, con inclusión de la Geología, veríamos un pequeño incremento de los trabajos de autores alemanes.

La diferencia entre las investigaciones practicadas por los americanos y las realizadas por los alemanes estriba en que aquéllos han dado un gran impulso a la investigación sobre el terreno, que entre los alemanes se tuvo que limitar a pequeñas empresas de exploración en tierras de los mayas altenses, en la zona de los pipiles y por el territorio de los indios xincas del sudeste de Guatemala. En este sector de la investigación, los americanos ya llevaron una gran ventaja en cuanto se refiere al aspecto financiero. En Alemania se registra, por otra parte, una importante contribución a las investigaciones lingüísticas, en las cuales intervinieron Walter LERMAN, que se dedicó a lenguas no pertenecientes a la familia maya; SCHULZE JENA, que hizo estudios sobre los mayas altenses y los pipiles, y Robert SCHULLER

y Eduard CONZEMIUS (27), a los cuales debemos trabajos sobre determinadas lenguas de Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

En lo técnico, la intensificación de la labor sobre el terreno se beneficia del desarrollo del tráfico y de las comunicaciones en las repúblicas centroamericanas, que en los veinte años pasados han hecho otros y muy importantes progresos en este sector. El investigador de nuestros días puede recorrer en automóvil extensas regiones de la América Central, y el avión le conduce a Copán, Palenque, Piedras Negras y Yaxchilán. Desde hace poco hay un aeródromo en Tikal, a donde se va desde la ciudad de Guatemala en setenta y cinco minutos, según se me dijo hace pocas semanas. El avance de las monterías hasta el *hinterland* de Campechén requería la construcción de un camino para camiones hasta la costa oriental de Yucatán, camino que termina en Payo Obispo y que atraviesa aquella zona de selvas, por la cual, un poco más hacia el sur, avanzó, en 1524, Hernán Cortés en una de sus más memorables expediciones. A algunos campos de ruinas de Yucatán se puede ir en coche, y en 1950 fuí hasta Mayapán y Oxkintok, que aun se hallan ocultos en pleno monte bajo. Y si vamos a Panamá, veremos que el investigador ya puede tomar en la ciudad de Panamá el autobús que le dejará en la frontera de Costa Rica.

Los sorprendentes resultados de la moderna investigación sobre el terreno, por otra parte, sólo se han podido alcanzar con los cuantiosos fondos ofrecidos por las grandes instituciones norteamericanas, sobre todo la Carnegie Institution, la Fundación Rockefeller, la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research (Viking Fund) y los grandes museos, como el Peabody, Museum of American Indian, University Museum de Philadelphia y la Tulane University. Así fué posible que los norteamericanos se colocaran a la cabeza de las investigaciones sobre los mayas, sobre todo por haberse repartido los distintos sectores entre reconocidos especialistas. Al lado del arqueólogo y del arquitecto trabajan el botánico, el biólogo, el sociólogo, el médico, el historiador y el folklorista. Se practican investigaciones sobre el ambiente geográfico de las antiguas civilizaciones y al mismo tiempo se estudian las condiciones de vida de la población en tiempos pasados y en la actualidad. Esta misma tendencia la observamos en las modernas investigaciones sobre el terreno en México, que han tomado un incremento sorprendente y que han dado magníficos resultados.

Los norteamericanos empezaron a trabajar el territorio sistemáticamente, y les debemos las excavaciones de Uaxactún, proseguidas a lo largo de doce años; la labor que, durante varios años, continuó, en las ruinas a orillas del río Usumacinta, el Philadelphia Museum; las excavaciones, también proseguidas durante varios años, del Peabody Museum en Copán, y, por último, los notabilísimos trabajos realizados en las excavaciones de Kaminaljuyú, cerca de la ciudad de Guatemala. Desde 1950 se ha empezado en Mayapán, donde se piensa trabajar cinco años. Las investigaciones que, durante varios años, se han practicado en Panamá nos depararon el descubrimiento de civilizaciones hasta entonces desconocidas, que se distinguen

por sus acabadas obras de orfebrería, trabajos que debemos a LOTHROP y MASON y, últimamente, a STIRLING.

Estos nuevos resultados, con permitirnos adquirir nuevos conocimientos acerca de la historia de las civilizaciones centroamericanas en la época precolombina, nos han planteado al mismo tiempo toda una serie de nuevos problemas. Conocemos ahora la cronología de la civilización maya, pero continuamos ignorando sus orígenes, aunque es cierto que el descubrimiento de la llamada civilización olmeca o de La Venta, en Tabasco, hace probable la existencia de ciertas vinculaciones entre los protomayas y las civilizaciones de la costa del golfo de México. Sigue siendo una incógnita la causa de la extinción de la cultura maya en el imperio del Sur, cuyas huellas podemos seguir ahora hasta el norte de Yucatán, cosa que hace veinte años se ignoraba aún. Sabemos que llegaron hasta Guatemala determinadas irradiaciones de las antiguas civilizaciones altenses mexicanas de la época de Teotihuacán, y también van siendo cada vez más visibles las relaciones existentes entre la civilización de los pipiles y las de la costa del golfo de México. Sigue siendo un enigma la llamada cultura areática de Centroamérica, ante todo el llamado «complejo Q», y a este respecto descubrimos un muy sensible vacío de nuestros conocimientos en Nicaragua, tierra en la cual la investigación arqueológica de nuestros días aún ha dejado sin resolver los más importantes problemas. Desde hace algunos años, y gracias a la iniciativa norteamericana, se ha iniciado también la investigación de las civilizaciones altenses de Guatemala, empresa cuya necesidad fué señalada por mí en repetidas ocasiones desde 1925, y que también calisqué de apremiante en el Congreso de Americanistas de Sevilla en 1935.

Importantísimos resultados debemos a la investigación de los jeroglíficos y de la astronomía maya, aunque las dificultades inherentes a la materia no han permitido sino un progreso muy lento. La mayoría de los resultados nuevos se deben al estudio y al desciframiento de las inscripciones, y, dentro de la investigación sobre los mayas, surgió como un ramo aparte la epigrafía maya, en la cual se distinguió por sus éxitos S. G. MORLEY (28). A toda esta labor se une el esfuerzo de quienes tratan de interpretar el contenido de las inscripciones. Es cierto que, desde los tiempos de Maudslay, Seler y Bowditch, se conocían las *Initial Series* en cuanto se refería a su contenido relativo al calendario; pero no se llegaron a interpretar los demás textos. A la ardua labor de tan geniales investigadores como TEEPLE y THOMPSON (29) se debe a la interpretación de unos textos adicionales a las *Initial Series*, textos que también resultaban ser de carácter cronológico, por contener fechas lunares. Otros hechos trataban del cálculo de intercaladuras; pero a este respecto aún no se ha llegado a resultados exactos y continúa habiendo divergencia de opiniones entre los especialistas. El método ya empleado por Förstemann, y que consistía en relacionar el contenido de los códices con cálculos astronómicos, se vió renovado por la epigraffia, cuando se empezaron a ocupar del problema los especialistas de la astronomía. Hoy nos sorprende también en este detalle el notable desarrollo

de la astronomía entre los mayas, que bien resiste la comparación con las antiguas civilizaciones de Oriente y hasta las supera en algunos cálculos.

Un elemento muy esencial de estas investigaciones lo representa el problema de la correlación de la cronología maya y de la cristiana, problema que hasta ahora no se ha logrado resolver definitivamente. Entre las numerosas propuestas de solución, actualmente goza de la mayor consideración la que está vinculada a los nombres de GOODMAN, MARTÍNEZ y THOMPSON, propuesta que ahora también prevalece sobre la correlación de SPINDEN, que trató de apoyar astronómicamente el alemán LUDENDORFF, sin haber logrado plenamente este propósito. La correlación más reciente, establecida por la astronómica norteamericana Maud MAKEMSON, arroja fechas mucho más recientes que todas las tentativas anteriores y ha dado lugar a objeciones críticas. Basándose en investigaciones tipológicas, el arqueólogo VAILLANT, ya difunto, había llegado también a establecer fechas mucho más recientes para el Imperio del Sur, que el pretendió hacer llegar al siglo XI o XII de la era cristiana. Resulta, pues, que todo indica el carácter preferentemente astronómico, astrológico y de calendarios de las inscripciones del Imperio del Sur. El estado actual de nuestros conocimientos lo ha esbozado hace poco THOMPSON en su obra fundamental *Maya Hieroglyphic Writing* (Washington, 1950). En Alemania no se han ocupado de este problema sino unos cuantos investigadores. Después de fallecer Seler, no se adelantó nada a este respecto, a pesar de las valiosas contribuciones que hasta los últimos años de su vida nos ha presentado el precursor del desciframiento de los jeroglíficos, SCHELLHAS, que apareció carbonizado, a los ochenta y cinco años de edad, cuando los rusos tomaron Berlín (30). Han dado resultados muy fructíferos por todos conceptos las investigaciones del investigador alemán Hermann BEYER, que vivía en México y en los Estados Unidos, donde murió en 1942 (31). Sus resultados más recientes se basan en el análisis de los jeroglíficos. En Alemania no hay ahora más que dos investigadores jóvenes, que se dedican a la especialidad: Thomas BARTHEL y Günter ZIMMERMANN, que, dentro de poco, presentarán a la Facultad de Letras de la Universidad de Hamburgo sendas tesis doctorales bien logradas.

Entre las dos guerras mundiales han sido muy escasas las investigaciones que sobre el terreno han sido practicadas en Centroamérica por alemanes. El viaje de Walter LEHMANN, en 1925 y 1926, apenas pasó de ser una gira rápida por la tierra de los pipiles, donde descubrió el más antiguo de los datos calendáricos en El Baúl. Los viajes que entre 1925 y 1929 hizo Franz TERMER permitieron formar colecciones de objetos procedentes de los Altos de Guatemala y realizar una serie de excavaciones de ensayo en la tierra de los pipiles, siendo finalidad primordial de dichas expediciones la investigación geográfica y geológica (32). Poco después, SCHULTZE JENA estuvo algún tiempo en Guatemala y en El Salvador, donde se dedicó a trabajos lingüísticos. En 1938 y 1939, TERMER volvió a Guatemala, donde estudió ante todo la región sudeste de dicha república y la Sierra de las Minas (33). Entre las otras investigaciones que desciuellan por su impor-

tancia hay que mencionar los numerosos viajes de Frans BLOM, que estuvo en Chiapas y en la tierra de los lacandones, donde descubrió numerosos campos de ruinas hasta entonces desconocidas. También estuvo con los lacandones el francés Jacques SOUSTELLE (34), y en 1947, el americano G. G. HEALY descubrió los maravillosos frescos en las ruinas de Bonampak, que han venido a arrojar nuevas luces sobre el arte maya (35).

En el sur de la América Central no aparece ningún alemán en la investigación sobre el terreno; pero entre las naciones europeas descienden, a este respecto, los suecos, entre los cuales tenemos a NORDENSKIÖLD, Sigvald LINNÉ y Henry WASSÉN, que en lo arqueológico y etnográfico se han podido apuntar brillantes éxitos entre los Cunas de Panamá (36).

Marchan a la cabeza los norteamericanos. LOTHROP publicó su detallado estudio acerca de la cerámica de Nicaragua y Costa Rica, ampliando después sus investigaciones por las numerosas excavaciones hechas en la zona occidental de Panamá, donde descubrió la antigua Provincia del Oro de Coelé (37). Estos descubrimientos despertaron en el país un muy señalado interés por la historia antigua, fundándose el Museo Arqueológico de la ciudad de Panamá, que a estas alturas ya cuenta con preciosas colecciones. Los escasos restos de la población india de Costa Rica merecieron la atención y el interés de la excelente investigadora señora Doris STONE (38).

Al resumir lo que hemos podido ofrecer en esta breve reseña de la investigación arqueológica y etnológica en Centroamérica, tenemos que hacer constar que, dada la importancia de Centroamérica para toda la historia de las civilizaciones precolombinas, se ha hecho relativamente una obra insuficiente en aquellas latitudes. Sólo la civilización maya ha sido objeto de una intensa actividad investigadora, mientras que entre lo demás sólo se destacan Panamá y Costa Rica. Muy poco sabemos de Honduras y de Nicaragua, lo cual es tanto más lamentable, cuanto que precisamente estas naciones constituyen un importantísimo vínculo entre el Norte y el Sur de la América Central. Además, hemos de poner de relieve que, desde la primera guerra mundial, la parte que en estas investigaciones corresponde a los americanistas europeos se ha reducido considerablemente en favor de los americanos. Este proceso ha sido inevitable y continuará con desventaja para Europa. Ya desde el punto de vista meramente técnico, Europa ya no es capaz de desafiar la competencia cuando se trata de investigaciones sobre el terreno. Pero, a mi entender, nosotros tenemos otras ventajas, y celebro poder afirmarlo en esta ocasión. Nuestros investigadores tienen que emprender grandes trabajos de archivo y de museo, y estas investigaciones, sobre todo las de archivo, se han de hacer, en primer lugar, en España, nación que cuenta con una rica tradición en el sector de las investigaciones de americanística histórica, practicadas sobre documentos; investigaciones que fuera de las hechas sobre el terreno, nos proporcionan las bases indispensables para nuestros conocimientos de las antiguas culturas americanas.

NOTAS

(1) *El libro de los libros de Chilam Balam.* Traducción de sus textos paralelos por Alfredo Barrera Vásquez y Silvia Rendón, basada en el estudio, cotejo y reconstrucción hechos por el primero, con introducciones y notas. Fondo de Cultura Económica. (Biblioteca Americana. Serie de Literatura Indígena.) México-Buenos Aires, 1948.

Alfredo Barrera Vásquez y Sylvanus Griswold Morley: *The Maya Chronicles. (Contributions to American Anthropology and History, n.º 48.* Publ. Carnegie Inst. of Washington.) Washington, 1949.

Memorial de Sololá. Anales de los Cakchiquel. Traducción directa del original, introducción y notas de Adrián Recinos. (Biblioteca Americana. Serie de Literatura Indígena.) México-Buenos Aires, 1950.

Leonhard Schultze Jena: *Popol Vuh. Das Heilige Buch der Quiché-Indianer von Guatemala. Nach einer wiedergefundenen alten Handschrift neu übersetzt und erläutert.* (Quellenwerke zur Alten Geschichte Amerikas, herausgegeben vom Ibero-Amerikanischen Institut. Berlin, II.) Stuttgart u. Berlin, 1944.

Popol Vuh. Las antiguas historias del quiché. Traducidas del texto original, con una introducción y notas, por Adrián Recinos. (Biblioteca Americana. Serie de Literatura Indígena.) Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1947.

(2) Manuel M. de Peralta: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI: su historia y sus límites.* Madrid-París, 1883.

León Fernández: *Colección de documentos para la Historia de Costa Rica.* Tomos I-III. San José de Costa Rica, 1881. Tomos IV-V. París, 1886. Tomos VI-X. Barcelona, 1907.

(3) Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés: *Historia General y Natural de las Indias.* Tomos I-IV. Madrid, 1851-1855.

(4) Diego García de Palacio: *Carta dirigida al Rey de España por el Lic. Don... Año de 1576.* Colección de documentos importantes relativos a la República de El Salvador. San Salvador, 1921; páginas 13-48.

A. von Frantzius: *San Salvador und Honduras im Jahre 1576.* Amtlicher Bericht des Licenciaten Dr. Diego García de Palacio an den König von Spanien... Aus dem Spanischen übersetzt und mit erklärenden Anmerkungen und einer Karte versehen von A. von Frantzius. Berlin, 1873.

Esta edición alemana fué traducida al español por Manuel Carazo y publicada, pero sin el mapa, en León Fernández. Col. Doc. Costa Rica. Tomo I (1881), págs. I-VI y 1-52. (Véase número 2.)

(5) Un sumario detallado de las publicaciones anteriores sobre Palenque se halla en H. H. Bancroft. *The Native Races.* Tomo IV, pág. 289, nota 2. San Francisco, 1883.

(6) John Lloyd Stephens: *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan.* Tomos I-II. New York, 1841.

— *Incidents of travel in Yucatan.* Tomos I-II. New York, 1843.

Una extensa bibliografía de las ediciones de las dos obras y sus traducciones en español y otras lenguas se halla en «Boletín Bibliográfico de Antropología Americanas. Volumen V, núms. 1-3; páginas 312-334. México, 1941.

Victor Wolfgang von Hagen: *Maya Explorer. John Lloyd Stephens and the lost cities of Central America and Yucatan.* Norman, 1948.

Frederick Catherwood: *Views of ancient monuments in Central America, Chiapas and Yucatan.* London, 1844.

Victor Wolfgang von Hagen: *Frederick Catherwood Archt.* New York, 1950

(7) Ephraim George Squier: *Découverte d'anciens monuments sur les îles du lac de Nicaragua.* «Bulletin de la Société de Géographie de París. III séries, vols. XIII-XIV. París, 1850.

— *Nicaragua; its people, scenery, monuments, and the proposed inter-oceanic canal.* Dos tomos. New York, 1852.

— *Observations on the archaeology and ethnology of Nicaragua.* Transactions of the American Ethnological Society. Tomo III, parte 1. New York, 1853.

(8) Wilhelm Heine: *Wanderbilder aus Central-America. Skizzen eines deutschen Malers.* Leipzig, 1853.

(9) Wilhelm Heine: *Japan. Beiträge zur Kenntnis des Landes und seiner Bewohner.*

— *Reise um die Erde nach Japan an Bord des Expeditions-Escadre unter Perry 1853-1855.* Dos tomos. Leipzig, 1856.

— *Die Expedition in die Seen von China, Japan und Ochotsk 1853-1857.* Tres tomos. Leipzig, 1858-1859.

(10) Wilhelm Marr: *Reise nach Central-Amerika*. Zweite Ausgabe. Dos tomos. Hamburg, 1870.

(11) C. F. Reichardt: *Centro-Amerika*. Braunschweig, 1851.
— *Nicaragua, nach eigener Anschauung im Jahre 1852*. Braunschweig, 1854.

A. von Bülow: *Der Freistaat Nicaragua in Mittel-Amerika*. Berlin, 1849.

(12) Fellechner, Müller, Hesse: *Bericht über die im höchsten Auftrage... bewirkte Untersuchung einiger Theile des Mosquitolandes erstattet von der dazu ernannten Commission*. Berlin, 1845.

(13) Carl Bovallius: *Nicaragua antiquities*. Stockholm, 1886.
— *Resa i Central-Amerika 1881-1883*. Dos tomos. Upsala, 1887.
— *Antiquités céramiques trouvées dans le Nicaragua en 1882-1883*, en *Antiquarisk Tidskrift för Sverige*. Del. 9, Nr. 7.

Thomas Belt: *The naturalist in Nicaragua*. London, 1874.

Robert Glasgow Dunlop: *Travels in Central America*. London, 1847.

George Ryam: *Wild life in the interior of Central America*. London, 1849.

William V. Wells: *Explorations and adventures in Honduras*. New York, 1857.

(14) Moritz Wagner: *Naturwissenschaftliche Reisen im tropischen Amerika*. Stuttgart, 1870.
Karl Scherzer: *Travels in the free states of Central America: Nicaragua, Honduras, and San Salvador*. Dos tomos. London, 1857.
— *Wanderungen durch die mittel-amerikanischen Freistaaten Nicaragua, Honduras und San Salvador*. Braunschweig, 1857.

Moritz Wagner y Karl Scherzer: *Die Republik Costa Rica in Central-Amerika*. Leipzig, 1856.

(15) Adolf Bastian: *Die Culturländer des alten Amerika*. Tres tomos. Berlin, 1878-1889.

(16) Eduard Seler: *Alterthümer aus Guatemala*, en *Veröffentlichungen aus dem Königlichen Museum für Völkerkunde*. Tomo IV, núm. 1, págs. 21-53. Berlin, 1895. Reimpresión en *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*. Tomo III, páginas 578-640. Berlin, 1908.
— *Alterthümer aus der Alta Vera Paz*. en *Ethnologischen Notizblatt*. Tomo 1, número 2, págs. 20-26. Berlin, 1895. Reimpresión en *Gesammelte Abhandlungen, etc.* Tomo III, págs. 670-687. Berlin, 1908.
— *Die alten Ansiedlungen von Chaculá*. Berlin, 1901.

— C. V. Hartman's archäologische Untersuchungen in Costa Rica, en *Globus*. Tomo LXXXV (1904), páginas 233-239. Reimpresión en *Gesammelte Abhandlungen, etc.* Tomo III (1908), páginas 688-694.

(17) Arthur Morelet: *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et l'Yucatan*. Dos tomos. París.
— *Reisen in Central-Amerika*. Jena, 1872.

(18) Leonhard Schultze Jena: *Indiana I. Leben, Glaube und Sprache der Quiché von Guatemala*. Jena, 1933.
— *Indiana II. Mythen in der Mutter-sprache der Pipil von Izalco in El Salvador*. Jena, 1935.
— *Popol Vuh. Das Heilige Buch der Quiché-Indianer von Guatemala*. Stuttgart und Berlin, 1944.

(19) Otto Stoll: *Zur Ethnographie der Republik Guatemala*. Zürich, 1884.
— *Etnografía de la República de Guatemala*. Traducida del alemán, con prólogo y notas por Antonio Goubaud Carrera. Guatemala, 1938.
— *Guatemala. Reisen und Schilderungen aus den Jahren 1878-1883*. Leipzig, 1886.
— *Die ethnologie der Indianerstämme von Guatemala*, en *Internationales Archiv für Ethnographie*, Supplement zu Band I. Leiden, 1889.
— *Die Sprache der Ixil-Indianer*. Leipzig, 1887.
— *Die Maya-Sprachen der Pokom-Gruppe. I. Teil: Die Sprache der Pokonchi-Indianer*. Wien, 1888.
II. Teil: *Die Sprache der K'ekchí-Indianer*. Leipzig, 1896.

(20) Karl Sapper: *Das nördliche Mittel-amerika*. Braunschweig, 1897.
— *Mittelamerikanische Reisen und Studien*. Braunschweig, 1902.
— *In den Vulkangebieten Mittelamerikas und Westindiens*. Stuttgart, 1905.
— *Mittelamerikanische Waffen im modernen Gebrauche*, en *Globus*. Tomo LXXXIII (1903), págs. 53-63.
— *Der gegenwärtige Stand der ethnographischen Kenntnis von Mittel-amerika*, en *Archiv für Anthropologie*, N. F. Tomo III. Braunschweig, 1904.

(21) Alfred M. Tozzer: *A comparative study of the Mayas and the Lacandones*. New York, 1907.

(22) Walter Lehmann: *Die Archäologie Costa Rica erläutert an der Sammlung Felix Wiss im Museum der Naturhisto-rischen Gesellschaft zu Nürnberg*, en *Festschrift zum XLIV. Anthropologen-Kongress*, págs. 65-104. Nürnberg, 1913.
— *Zentral-Amerika. Teil I. Die Sprachen Zentral-Amerikas*. Dos tomos. Berlin, 1920.

(23) C. V. Hartman: *Archaeological Researches in Costa Rica*. Stockholm, 1901.

— *Archaeological researches on the Pacific coast of Costa Rica*. Memoirs of the Carnegie Museum, Tomo III, número 1. Pittsburgh, 1907.

— *Some features of Costa Rican archaeology*, en XVI. Intern. Amerikantun-Kongress, Abhandlungen, Wien, 1908.

(24) George G. MacCurdy: *A study of Chiriquian antiquities*. Memoirs of the Connecticut Academy of Arts and Sciences, Tomo III, 1911.

(25) Bernardo A. Thiel: *Vocabularium der Sprachen der Beruca-Terraba-und Guatuvu-Indianer in Costa Rica*, en: Archiv für Anthropologie, tomo XVI, Braunschweig, 1886.

— *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica*. San José, 1896.

(26) Alphonse L. Pinart: *Chiriquí, Ríos del Tora, Valle Miranda*, en Bulletin de la Soc. de Géographie de Paris, 7e séries, VI, París, 1885.

— *Vocabulario Castellano-Guaymí*. París, 1892.

— *Notes sur les tribus indiennes de famille Guarano-Guaymí*. Chartres, 1900.

(27) Rudolf Schuller: *Las lenguas indígenas de Centro América*. San José de Costa Rica, 1928.

E. Canzanius: *Die Rama-Indianer von Nicaragua*, en Zeitschr. für Ethnologie, 59. Jahrh. (1927), pp. 291-302.

— *Ethnographical Notes on the Black Carib.*, en Amer. Anthropologist, N. S., vol. 30 (1928), pp. 183-205.

— *Los Indianos Payas de Honduras*, en Journal Société de Américanistes, tomo XI (1927), pp. 246-302; tomo XX (1928), pp. 253-360.

— *Ethnographical Survey of the Miskito and Sumo Indians of Honduras and Nicaragua*. Washington, 1932. (Bureau Amer. Ethnology, Bull. 106.)

(28) Sylvanus G. Morley: *The inscriptions at Copán*. Washington D. C., 1920. (Carnegie Inst. of Wash. Publ. N.º 219.)

— *The inscriptions of Petén, Chichicastenango*. Washington, 1937-1938. (Carnegie Inst. of Wash. Publ. N.º 437.)

(29) Véase la bibliografía de J. E. Thompson y J. M. Temple en la obra de Morley *The ancient Maya*, 1947, pp. 491-492.

(30) Paul Schellhas: *Die Göttergötzen der Mayahandschriften*, 2. Auflage. Berlin, 1904.

— *Der Ursprung der Mayahandschriften*, en Zeitschr. f. Ethnologie, 68. Jahrh., 1936, pp. 1-16.

— *Die Madrider Mayahandschrift*, en Zeitschr. f. Ethnologie, 61. Jahrh., 1929, pp. 1-32.

— *Die Zahlzeichen der Maya*, en Zeitschr. f. Ethnologie, 65. Jahrh., 1933, pp. 93-100.

— *Die Stele Nr. 12 von Piedras Negras*, en Zeitschr. f. Ethnologie, 66. Jahrh., 1935, pp. 416-422.

— *Fifty years of Maya research*, en Research, vol. III, núm. 2, 1936, páginas 129-139.

— *Fünfzig Jahre Mayafororschung*, en Zeitschr. f. Ethnologie, 69. Jahrh., 1937, pp. 365-389.

— *Zur Entzifferung der Mayahieroglyphen*, en Mitteilungsblatt der Deutschen Gesellschaft f. Völkerkunde, número 9, 1939, pp. 57-71.

(31) Hermann Beyer: véase la bibliografía en la obra de Morley *The ancient Maya*, 1947, pág. 488.

(32) Franz Termer: *Zur Ethno'gie und Ethnographie des nördlichen Mittelamerika*. Berlin und Bonn, 1930.

— *Zur Archäologie von Guatemala*, en Bressler Archiv., tomo XIV, 1931, pp. 167-191.

— *Zur Geographie der Republik Guatemala*.

I. Teil: *Beiträge zur physischen Geographie von Mittel- und Südgatatemala*. (Mittelungen Geogr. Ges. Hamburg, tomo XLIV, 1936, pp. 91-276).

II. Teil: *Beiträge zur Kultur- und Wirtschaftsgeographie von Mittel- und Südgatatemala*. (Mittelungen Geogr. Ges. Hamburg, tomo XLVII, 1941, pp. 9-262.)

— *Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Schriffrüche*. Stuttgart, 1925.

— *Durch Urwälder und Sumpfe Mittelamerikas*. Der 5. Bericht des Hernán Cortés an Kaiser Karl V. Hamburg, 1941.

— *Quadtremallan und Cuzcallan*. Der 1 und 2. Bericht des Pedro de Alvarado über die Eroberung von Guatema'la und El Salvador im Jahre, 1794. Hamburg, 1948.

(33) Franz Termer: *Die Serra de las Minas in Guatemala*, en Petermanns Geographische Mitteilungen, 1939, pp. 337-348.

— *Südost-Guatemala*, en Petermanns Geogr. Mitt., 1940, pp. 281-289.

(34) Jacques Soustelle: *La culture matérielle des indiens Lacandons*, en Journal de la Société des Américanistes, N. S., tomo XXIX, París, 1937, pp. 1-96.

(35) Agustín Villagra Caleti: *Bonampak. La ciudad de los muros pintados*. Méjico, 1949.

(36) Erland Nordenskiöld: *Picture-Writings and other documents by Néle, Charles Slater, Charlie Nelson and other Cuau Indians*, Göteborg, 1936. (Comparative ethnographical studies, 7, Parte 2.)
 Sigvald Linsé: *Darien in the past*, Göteborg 1929.

Erland Nordenskiöld - Henry Wassén: *An historical and ethnological survey of the Cuau Indians*, Göteborg, 1938. (Compar. ethnogr. studies, 10.)

(37) Samuel Kirkland Lothrop: *Pottery of Costa Rica and Nicaragua*. Dos tomos. New York, 1926.
 -- *Cocle. An archaeological study of Central Panama*. Part. I. Cambridge, 1947. (Memoirs Peabody Museum, tomo VII.) Part. II. Cambridge, 1942. (Mem. Peab. Mus., tomo VIII.)

— *Archaeology of Southern Veraguas, Panama*, Cambridge, 1950. (Mem. Peab. Mus., tomo IX, n.º 3.)

(38) Doris Stone: *Arqueología de la costa norte de Honduras*, Cambridge, 1943. (Mem. Peab. Mus., tomo IX, n.º 1.)
 -- *Una inspección ligera del llano del Río Grande de Terraba, Costa Rica*, en Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica, 1943, pp. 43-56.
 -- *Orfebrería Pre-Colombina*, Museo Nacional, San José de Costa Rica, 1951.